

January 2010

El quehacer filosófico hoy, alcances y perspectivas disciplinares e interdisciplinares

Carlos Hernán Marín Ospina
Universidad de La Salle, Bogotá, itaka@cable.net.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Marín Ospina, C. H. (2010). El quehacer filosófico hoy, alcances y perspectivas disciplinares e interdisciplinares. *Revista de la Universidad de La Salle*, (52), 221-264.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El quehacer filosófico hoy, alcances y perspectivas disciplinares e interdisciplinares

Carlos Hernán Marín Ospina*

■ Resumen

La historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle nos sirve de pretexto en este artículo para hacer una reflexión sobre los debates teóricos que sobre su quehacer y sus relaciones con la ciencia natural y, en particular, con los enfoques investigativos que determinan hoy las discusiones acerca de lo que es la justificación, validez y pertinencia de la investigación científica hoy en los contextos académicos. Frente a ello la filosofía plantea hasta dónde puede acompañar, y de hecho lo hace, los procesos investigativos que se desarrollan en el campo denominado “científico”, participando en enfoques interdisciplinares y transdisciplinares; pero también no puede dejar de señalarle al pensamiento científico y técnico aquellos aspectos en los cuales sus diferencias son inevitables, sus caminos se distancian y los interrogantes y temáticas que son ineludibles para la filosofía y frente a los cuales la ciencia y la técnica u optan por guardar silencio o arriesgan respuestas desde sus marcos teóricos positivistas.

Palabras clave: filosofía, ciencia, técnica, teoría, crítica, investigación, pertinencia, positivismo, lógica, tradición, disciplinar, interdisciplinar, transdisciplinar.

* Filósofo de la Pontificia Universidad Javeriana, estudios de Maestría en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana, estudios básicos de economía en la Universidad de los Andes. Investigador líder del Grupo “Filosofía, Cultura y Globalización” (categoría A1 Colciencias); decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: itaka@cable.net.co

Introducción

Han transcurrido ya cuarenta y cinco años desde que nació la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle, al ser una de las cinco facultades con las cuales la Universidad fue fundada, a finales de 1964, iniciando actividades docentes en 1965. Desde su inicio tuvo tres características, a saber: en primer lugar un enfoque humanista, esto es, se trataba de formar filósofos que además de una sólida formación disciplinar recibieran una formación básica en otras disciplinas del campo humanístico, como son la literatura y la historia, con lo cual encontramos ya desde su nacimiento, un primer nivel de lo que podríamos denominar desde hoy, como formación interdisciplinar. En segundo lugar, un enfoque lasallista, esto es, ofreciendo un marco axiológico específico, el lasallismo, con lo cual se pretendía un sello desde una buena formación cristiana, centrada en valores a la luz de las enseñanzas de San Juan Bautista De La Salle y directrices del Instituto de los Hermanos Cristianos. Y en tercer lugar, un enfoque social, esto es, una formación disciplinar y lasallista pensada para enfrentar los problemas de la sociedad, en particular la sociedad colombiana que tantos desequilibrios la caracterizan.

Fruto de la combinación y articulación de estos tres enfoques, la Facultad ha venido actualizándose a lo largo de estos cuarenta y cinco años, actualizaciones que han sido de diversos órdenes (legales, docentes, investigativos, de extensión y administrativos). Respecto a lo legal y normativo, la Facultad se ha ido ajustando a las distintas reformas expedidas por el Estado colombiano, por ejemplo, en lo referente a los procesos de acreditación, obteniendo tanto su acreditación (2004) como su renovación de acreditación, vigente hasta el 2012. En cuanto a la docencia, podemos mencionar el proceso de redimensionamiento curricular, con el cual el programa de Filosofía y Letras se puso a tono con las tendencias internacionales en términos de movilidad, electividad, interdisciplinariedad, sentando las bases para una inserción más pertinente en el mundo actual. En cuanto a investigación, la Facultad desde hace ya seis años conformó sus actuales tres grupos de investigación, dos de los cuales (“Filosofía, realidad y lenguaje” y “Filosofía, cultura y globalización”) han alcanzado la máxima categoría, A1, conservando ambos dicha categoría, obtenida ya en la categorización anterior antes del cambio de los parámetros de medición;

y el tercer grupo (“Estudios Hobbesianos”) ha ascendido a B. En cuanto a extensión, la Facultad de tiempo atrás ha venido desarrollando una labor de incidencia en políticas públicas, específicamente en el campo de los derechos humanos, en alianza con la Defensoría del Pueblo, entidad estatal responsable constitucionalmente de la vigilancia y seguimiento a la vigencia de los derechos humanos; igualmente, estos logros en investigación han creado las condiciones para avanzar en el diseño de ofertas de nuevos programas a nivel de posgrado, y por ello a partir de 2011 iniciará actividades el nuevo Programa de Maestría en Filosofía, aprobada como maestría en investigación con registro calificado por siete años. Finalmente, con la reforma administrativa a la facultades se le ha señalado a la Facultad una hoja de ruta que incluye retos a distintos niveles, siendo quizá el más determinante, en concordancia con el PEUL, reorientar el ejercicio académico de la Facultad y su cuerpo de profesores hacia una labor interdisciplinar, en trabajo conjunto con las demás facultades, en aras de una incidencia real con pertinencia y eficacia en los problemas que azotan a la sociedad colombiana.

Tales son los retos que la Facultad se ha fijado y asumido. Por ello, a continuación hacemos un análisis del proceso de interacción en el cual la Facultad se halla comprometida, tanto con las demás facultades como la sociedad en general. Esto supone identificar claramente su lugar y su papel en el proceso de producción de conocimiento pertinente y con impacto social, cooperando con otros marcos y métodos de investigación. En ese orden de ideas, la Facultad de Filosofía y Humanidades asume desde su especificidad disciplinar la responsabilidad de dialogar con otros saberes, acogiendo y avalando, cuando sea del caso, pero también señalando los posibles peligros e inconsistencias, también cuando sea del caso. Esta labor lleva a la filosofía, en tanto disciplina, no sólo al interior de la Universidad sino también hacia fuera, a participar activamente en los principales debates en torno a lo que es la investigación en general, la investigación en la Universidad y la investigación en nuestra disciplina. Para ello entonces, a continuación abordamos los siguientes temas.

En primer lugar, planteamos el problema, esto es, la discusión en torno a lo que de manera tradicional se ha entendido por el ejercicio disciplinar de la filosofía, tanto desde esta misma como desde otras disciplinas y enfoques que

han pretendido señalarle a la filosofía lo que ella debería ser y hacer. En segundo lugar, planteamos el debate concreto entre la filosofía y el positivismo, como una de las expresiones más conspicuas de lo que desde las ciencias empíricas analíticas se postula como el gran paradigma del conocimiento válido y pertinente. En tercer lugar, y a manera de conclusiones, señalamos algunos interrogantes que nos pueden acercar y converger, en la medida en que son interrogantes frente a los cuales ni la filosofía ni la ciencia positivista tenemos las respuestas completas.

Para todo lo anterior, partimos de los planteamientos de la Escuela de Frankfurt, corriente filosófica surgida en los años treinta en dicha ciudad, que agrupó un conjunto interdisciplinar de pensadores, liderados por los filósofos Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Theodoro W. Adorno y el joven Jürgen Habermas, reunidos en el Instituto de Investigaciones Sociales adscrito a la Universidad de Frankfurt; ciertamente ha sido la única corriente de pensamiento, desde la filosofía y en general, las ciencias humanas y sociales, que asumió la tarea de criticar la ciencia y la investigación positivista, señalándole sus fisuras y debilidades. Y en la orilla opuesta, analizamos las posiciones críticas respecto a los anteriores, de parte de Karl Popper y Max Weber. Los planteamientos de ambos grupos, el primero denominado como Teoría Crítica, y los segundos como Racionalismo Crítico, representan y sintetizan las posiciones que más fuertemente han marcado y orientado los debates, concepciones y prácticas investigativas, tanto en el campo de las ciencias sociales como en el campo de la investigación científica.

El ineludible acervo de la tradición: la filosofía clásica plantea los problemas

El trabajo disciplinar filosófico, tanto en la docencia como en la investigación, no parte de cero, porque nos preceden dos milenios y medio de producción disciplinar en Occidente y por ello la labor disciplinar mal haría en no tenerla en cuenta; la filosofía al igual que todas las disciplinas dispone de un patrimonio acumulado a lo largo de los siglos, lo que constituye un verdadero y formidable "estado del arte" conformado por el proceso creciente de preguntas y respuestas fundantes formuladas y desarrolladas por un sinnúmero de pensadores. La formación de profesionales en la disciplina filosófica no puede, se cae por su propio peso, dejar de estudiar, enseñar y dejar de dar razón de esta tradición.

Ello por dos razones: en primer lugar, las sociedades y los individuos olvidan fácilmente, y tan es así que desde el origen de la humanidad, individuos y sociedades se preocuparon por recordar hechos, ideas y cosas, las transmitieron entre generaciones y, además, fundaron una disciplina, la Historia, para no olvidar nunca ni nada; aún así, las personas olvidan y hoy lo hacen cada vez y más rápidamente, quizá debido al volumen desbordante de información que hoy en día nos bombardea, sin darnos tiempo a acceder al menos a una ínfima parte de esta, menos a procesar, todavía menos a comprender y aún mucho menos, a utilizarla y aplicarla. Una segunda razón se debe a que las preguntas formuladas por la filosofía, nunca han perdido su vigencia pues las respuestas nunca las han agotado, y porque esas preguntas apuntan a problemas fundamentales del universo, de las sociedades y de los individuos. Por ello la filosofía los enseña y los actualiza de forma permanente. No así las tesis, explicaciones y resultados de las ciencias, que se caracterizan por un grado de obsolescencia cada vez más veloz.

La filosofía surge en la Antigua Grecia, por lo menos a lo que Occidente atañe, cuando las condiciones materiales y culturales de la humanidad eran precarias con relación a las posibilidades de dar respuesta a dichas preguntas. Las respuestas que dieron los primeros filósofos correspondieron al momento histórico en el que se encontraba la humanidad. Y el contenido de las respuestas fue cambiando a medida que la historia transcurrió. De respuestas con un contenido material y físico, se fue pasando a respuestas con contenidos cada vez más inmateriales, conceptuales unas, espirituales otras. Pero, debido a que la humanidad se encontraba en un estado de desarrollo material y técnico precario y casi primitivo, esto no sólo no invalida las preguntas que los primeros pensadores se formularon, sino que incluso las hace más valiosas. Podríamos decir que formularnos y respondernos hoy las preguntas que los primeros filósofos se hicieron es mucho más fácil y poca originalidad tendría en la medida en que hoy disponemos de más y mejores elementos e insumos para hacerlo. Y aún así, muchas de las preguntas y algunas de las respuestas de los antiguos, siguen siendo vigentes y siguen estando en el trasfondo, subyacentes, a muchas reflexiones, planteamientos, enfoques, marcos que hoy se nos ofrecen, a veces incluso como grandes novedades.

Sin pretender agotar ni dar razón de la totalidad de conceptos ni posturas, relaciono a continuación a manera de ejemplos, algunas ideas o posturas filosóficas surgidas en la Antigüedad y que, desde entonces, han sido referentes obligados para todo quehacer no sólo filosófico (lo que es obvio), sino académico en general con pretensiones de sabiduría.

El primer pensador que se desprende de la dependencia de los elementos materiales (tierra, agua, aire, fuego) frente a la pregunta por la realidad es Anaximandro (616-545 a.C) quien por primera vez postula lo indeterminado o indefinido, inmaterial como el principio de lo real; en palabras de Hegel, con Anaximandro emerge en la historia por primera vez el puro pensar. Por otra parte, en el seno del movimiento de los sofistas, aparece la posición relativista antropocéntrica representada en la tesis de Protágoras (481-401 a.C) “el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son, de las que no son en cuanto que no son”, fundamento de las concepciones centradas en el sujeto individual como el referente. Epicuro (341-271 a.C) pensó la relación entre el placer y la moral, los estoicos las posibilidades y límites de la libertad interior frente a la libertad objetiva; y Heráclito (544-484 a.C) nos enseñó que lo único que permanece es el cambio constante, pues todo fluye, todo es devenir.

Sócrates (470-399 a.C) representa de una parte la obediencia irrestricta del ciudadano respecto a la ley civil, también nos enseñó la importancia definitiva de la distinción entre el concepto (lo universal) y los eventos particulares que él subsume y explica (lo particular). Platón (428-347 a.C) en su texto *La República* nos enseñó la importancia de captar los distintos niveles que constituyen la realidad o las realidades y cómo deberíamos abordarlos: la realidad que tenemos y vemos no es la verdadera realidad, sino sólo su apariencia fenoménica, pues la verdadera realidad son las ideas y conceptos a los cuales accedemos no mediante los sentidos sino por el pensar; Aristóteles (384-322 a.C) con su lógica (las normas para el correcto raciocinio), su ética (las relaciones entre virtud, justicia y felicidad en tanto fines del hombre) y su política (la administración de lo público) nos dejó planteadas temáticas de las cuales difícilmente podemos eludir aún hoy. Incluso hoy siguen siendo vigentes sus planteamientos, siguen siendo punto obligado de referencia para la totalidad de las disciplinas humanísticas y sociales, y no pocas de las denominadas ciencias empírico-analíticas.

Sin dudar a la hora de hacer un balance lo primero que hay que decir es la importancia y validez de las preguntas planteadas por los antiguos: el universo, la realidad, su origen y su fundamento; los temas relativos al hombre, como la justicia, la felicidad, la virtud, la relación con los otros, el conocimiento, la verdad; la distinción, por ejemplo, entre ser y apariencia ha marcado las discusiones en torno al conocimiento, la verdad, y, por lo tanto, sobre investigación, y sus implicaciones no son menores, tal como lo afirma Adorno (1973: 12):

Que se pueda o no distinguir, por ejemplo, entre ser y apariencia es algo que de manera inmediata viene vinculado a la posibilidad de hablar de ideología, y, con ello, y en todas sus ramificaciones, a uno de los capítulos centrales de la sociología. La relevancia en el orden contenido de lo que no parecen sino preliminares lógicos o epistemológicos se explica en virtud de la latente carga de contenido de las controversias correspondientes. O bien viene el conocimiento de la sociedad profundamente afincado en ella misma, y la sociedad accede de manera concreta a la ciencia cuyo objetivo constituye, o bien no pasa de ser éste un producto de la razón subjetiva, más allá de cualquier pregunta insistente acerca de sus propias mediciones objetivas.

También están los temas relacionados con la sociedad, como el Estado, la ley, el castigo, el poder y la administración pública. Como siempre se ha afirmado, lo valioso de su aporte radica más en las preguntas hechas que en las respuestas dadas. Porque la mayoría de las respuestas han sido invalidadas, superadas o desechadas, pero las preguntas siguen siendo vigentes y demandando nuevas respuestas.

La Antigüedad representó para algunos autores (Hegel entre ellos) algo así como la infancia de la humanidad, donde una de sus características fuertes fue de ser una unidad originaria: un cosmos y un sujeto (la humanidad) conformando una sola entidad; hombre y mundo eran uno, por lo cual Hegel la califica de "unidad indiferenciada". Es la visión del denominado Mito Adámico cuya versión bíblica la encontramos en el segundo capítulo del Génesis.¹ Para

¹ El mito adámico, entendido como la postulación de una teoría básica acerca de la naturaleza humana y su interrelación con la naturaleza, ha sido un tema ampliamente abordado por varias disciplinas (filosofía, antropología, sociología, psicología, teología) tratando de resolver las preguntas acerca de la naturaleza humana, la consistencia del concepto, su validez, vigencia y contenido; de ellas dependen conclusiones y concepciones diametralmente opuestas, con fuertes implicaciones para distintas disciplinas. No es el tema en este artículo pero para quien estu-

Hegel, la prohibición por parte de Dios de que el hombre no accediera al conocimiento representado en el árbol del conocimiento del bien y del mal, implicaba que la humanidad permaneciera en esa unidad indiferenciada e inocente entre hombre y naturaleza (Hegel, 1973: 41). Detentar la distinción entre el bien y el mal tiene varias implicaciones: emerge la subjetividad en el hombre diluida, como estaba, en esa unidad indiferenciada objetiva; esto significa que el hombre deviene competente de moral, y como tal tiene la capacidad de hacer la distinción, construir y emitir juicios morales, tomar decisiones con base en ello, actuar en consecuencia; en otras palabras, hace el tránsito entre la heteronomía y la autonomía; el hombre se descubre libre, con todas las implicaciones que ello supone.

La filosofía moderna y contemporánea plantea nuevos problemas, nuevas preguntas: nuevas respuestas a viejos y nuevos problemas

El mundo occidental cambió de manera profunda y estructural a partir de los siglos XV y XVI y XVII. Los cambios fueron en todos los órdenes, comenzando por lo económico, lo político y lo social, y como consecuencia, se afectó lo cultural, lo estético y lo religioso dando paso a la Modernidad². Se produce una explosión de ideas, conceptos, teorías, corrientes, que hace de esta época una de las más ricas de la historia occidental, en todos los sentidos del término, tanto que para algunos, sus conceptos y categorías siguen estando vigentes. Los filósofos de esta época enriquecieron la tradición con nuevos enfoques, conceptos y propuestas; de nuevo sólo menciono algunos.

Con Descartes (1596-1650) emerge la subjetividad pensante racional la cual apoyada en un método deberá ser capaz de descifrar la dinámica de la naturaleza y sus leyes, y ese método es el racionalismo deductivo, que tiene

viera interesado en ello puede ver Helen Thornton: *Natural State or Eden Thomas Hobbes and his contemporaries on Natural Condition of Human Beings*, Geoffrey Vaughan: *Behemoth teaches Leviatán. Thomas Hobbes on Political Education*, Pat Moloney: *Leaving the garden of Eden*; Laurie M. Johnson: *Tucídides, Hobbes and the interpretation of realism*. El que esta bibliografía esté conectada con Thomas Hobbes se explica, como todos sabemos, porque este autor es quien más tematizó la categoría "naturaleza humana" haciendo de ella uno de los pilares de su propuesta contractualista clásica, aún vigente, en estrecho diálogo con el relato bíblico, a veces para refutarlo y contradecirlo y a veces apoyarse en él. Más adelante nos referiremos un poco más a este autor.

² No desconocemos el alcance limitado de esta categoría, en especial su eurocentrismo pues, como afirma Boaventura Dos Santos (2001) "existen otras modernidades originadas en otros contextos y tiempos, con otros protagonistas".

como referente el método de la matemática; Kant (1724-1802) nos enseña la importancia de los principios morales deducidos por la propia razón humana y tematizados como norma que rija el comportamiento del hombre, en otras palabras, con Kant encontramos cómo y en qué consiste la autonomía del sujeto: tener la capacidad de darse a sí mismo la norma mediante una deducción racional, y, por lo tanto, llegar a ser libre entendiendo por ello su capacidad de actuar de acuerdo a fines puestos por él mismo. Moralidad y libertad son los fundamentos del sujeto moderno fundamentos que descansan en la razón misma, como que son expresiones o dimensiones de ésta.

Con Hegel (1770-1831) la dialéctica como la lógica que constituye la y las realidades, de la cual uno de los principios primeros es concebirlas como un movimiento constante de determinaciones contradictorias generadas de sí y superadas a partir de dichas contradicciones que dan lugar a nuevas determinaciones. Por ello, para Hegel todo elemento es síntesis, síntesis de múltiples determinaciones, lo cual hace que el abordaje de cualquier elemento (objeto de estudio) debe dar razón de esa multiplicidad de determinaciones. Por lo tanto, la verdad no se agota en una o algunas de las determinaciones (niveles o dimensiones, para usar un lenguaje de hoy) del elemento sino que se construye, es el resultado de dar razón del movimiento de las múltiples determinaciones. De ahí que un segundo principio hegeliano es la sistematicidad de la verdad, en sus palabras “la verdad es sistema”; por lo tanto, la búsqueda de la verdad supone interdisciplinariedad y su resultado es interdisciplinariedad, precisamente porque la verdad sólo puede ser sistemática o no lo es: “todo depende de que lo verdadero no se aprehenda y se exprese como sustancia, sino también, y en la misma medida, como sujeto” (Hegel, 1973: 15). Y lo puntualiza al afirmar “lo verdadero es el todo” (Hegel, 1973: 16), es decir, “el saber solo es real y solo puede exponerse como ciencia o como sistema” (Hegel, 1973: 18). La ciencia sólo puede cumplir a cabalidad con su cometido si trabaja, avanza y se expresa en forma de sistema. Como se puede apreciar, aquí tienen su fundamento epistémico y ontológico corrientes que postulan la ciencia desde dimensiones holísticas, y, en el ámbito específico de la investigación, características como multi, inter y transdisciplinariedad, como es el caso del llamado pensamiento complejo (tan en moda por estos días). Para Hegel no es posible hacer ciencia en forma parcial, segmentada, fragmentada o

compartimentalizada, a espaldas de un enfoque de sistema. No sólo lo concibió y planteó sino que lo realizó en sus obras: de una parte, escribió textos sobre las principales disciplinas vigentes en su época, pero, sobre todo, por otra parte escribió su sistema siguiendo sus propias tesis epistemológicas, ontológicas y lógicas, lo cual se puede apreciar en todas sus obras pero especialmente en la *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*.

En la tradición moderna inglesa encontramos en contraposición a las tradiciones racionalistas e idealistas continentales, tres corrientes determinantes para la disciplina filosófica; en primer lugar, el empirismo representado por J. Locke (1632-1704) y D. Hume (1711-1776): el conocimiento depende de la experiencia sensorial y mediante procesos inductivos nos permitimos acuñar los conceptos y las ideas como resultados de las percepciones que nos llegan por los sentidos. No es posible acceder o inducir una verdad universal pues las percepciones son de cada quien, individuales y particulares; ningún sujeto puede válidamente postular algo como verdad pues ésta es sólo su percepción de ese algo que no necesariamente tiene que coincidir con las percepciones de los demás sobre el mismo elemento. Acordamos a partir de identificar percepciones comunes generalizar conclusiones o constantes que se repiten, que nos permitan asumirlas como verdades transitorias y relativas, cuya vigencia por su mismo origen y naturaleza dura mientras una nueva generalización de percepciones postule una nueva verdad, de nuevo transitoria, y así sucesivamente (Hume, 1977: 15-29). Es el relativismo absoluto, aunque suene contradictorio.

En segundo lugar, el pensamiento contractualista clásico. Thomas Hobbes (1588-1679) elabora una hipótesis lógica, y en ese sentido teórica, no-histórica y formal, para explicar desde la razón la necesidad y justificación del concepto de soberanía moderna; introduce la categoría "naturaleza humana" tomada de Tucídides, quien es el primer autor en occidente en acuñarla y describirla en su texto *Historia de la Guerra del Peloponeso*³. El estado de naturaleza es aquel mediante el cual se nos muestra cómo se comportan y comportarían los hombres en ausencia de un poder superior y central que los domine e incluso que los

³ Dice Tucídides (1975: 65) que los delegados atenienses que asistieron a la Conferencia sobre la Guerra convocada por Esparta, afirmaron en su discurso: Y por esta misma circunstancia nos hemos visto obligados a llevar nuestro imperio a punto donde lo veis hoy, primero por miedo, luego por el honor y finalmente por interés (LXXX, No. 5).

someta, que sería el Estado o quien haga sus veces, independientemente de tipo o modalidad de Estado. En el estado de naturaleza los hombres se guían bajo su propia norma cuyo contenido son sus propios intereses articulados a partir de la defensa de la propia vida, máximo valor a proteger; es el derecho natural que, como dice Hobbes (2003: 106):

El derecho de naturaleza, lo que los escritores llaman comúnmente *jus naturale*, es la libertad que cada hombre tiene de usar su propio poder como quiera, para la conservación de su propia naturaleza, es decir, su propia vida; y por consiguiente, para hacer todo aquello que su propio juicio y razón considere como los medios más aptos para lograr su fin.

En el estado de naturaleza no existe moral pues no existe ni lo bueno ni lo malo, sólo existe el actuar de acuerdo a los intereses particulares de cada quien, guiados por las leyes naturales, entendidas éstas como deducciones racionales de la persona misma. La norma de conducta se la da cada quien a sí mismo a partir lo que Hobbes denomina la primera ley natural. "Cada hombre debe esforzarse por la paz, mientras tiene la esperanza de lograrla; y cuando no puede obtenerla, debe buscar y utilizar todas las ayudas y ventajas de la guerra" (Hobbes, 2003: 107).

El continuo enfrentamiento y la incertidumbre y temor constantes, de unos y otros, propios de la vida en estado de naturaleza, empujan a los hombres a pactar, primero no agredirse y segundo, ceder su derecho natural al uso de la fuerza a un tercero, conducen a la constitución del Estado, revestido del monopolio de la fuerza y del poder de la ley, con plena autoridad para castigar y someter a quien incumpla los pactos. He aquí el origen del Estado, no sólo moderno sino de toda época, hasta nuestros días: la razón de ser del Estado y la protección de la vida y los bienes, de los asociados, ahora ciudadanos. En estricto sentido, todo Estado es en últimas, un Estado hobbesiano.

John Locke establece el concepto de propiedad privada como condición fundante y constituyente del ciudadano moderno: no es posible hablar de ciudadano si no es un propietario, y esto se consigue mediante el trabajo; sólo el trabajo genera propiedad, o dicho en otras palabras, el producto del trabajo sólo le

pertenece a quien lo trabajó (Locke, 2000: 55-74) con lo cual sentó las premisas fundamentales de lo que Smith tematizaría como la teoría del valor trabajo.

En tercer lugar, el pensamiento moral escocés (Adam Smith 1723-1790). Debemos señalar dos tesis importantes de A. Smith; en primer lugar, postular el papel del interés privado de cada individuo como el principal determinante de las acciones humanas y base de toda actividad económica; no es el servicio a los demás lo que mueve a los hombres a actuar en el mundo capitalista, sino la realización y obtención de su propio interés lo que lleva a las personas a ofrecer un servicio a los demás, pues tanto para unos como para otros, son movidos por sus respectivos intereses lo cual hace que converjan en acciones que sean beneficiosas para ambos. Estas tesis morales, unidas al desarrollo de las fuerzas productivas, jalonadas a su vez por los inventos de la ciencia natural (física, química, biología) dieron origen a sociedades que se fueron moldeando a partir del libre mercado, libertad de empresa y libertad de pensamiento.

Paralelo a los anteriores elementos, el pensamiento científico representado principalmente por Galileo y Bacon; el primero, con el método hipotético construido sobre el supuesto de concebir la naturaleza como un conjunto de leyes susceptibles de ser formalizadas matemáticamente, en tanto que el segundo con la formalización de los procesos de experimentación como método para construir nuevos conocimientos; y ambos, pioneros en investigación científica con pertinencia social.

Como síntesis y resultado de la conjunción de las tesis hobbesianas (un soberano como poder único con el monopolio de la fuerza y de la justicia, por encima de los ciudadanos y quien en últimas los constituye como tales), lockeanas (pluralismo y libertad de pensamiento, derecho a la propiedad privada como constitutiva del ciudadano), las tesis de Smith (teoría del valor trabajo) y el desarrollo del denominado pensamiento científico (experimentación y formalización de leyes naturales), dieron lugar a las democracias liberales con el estado nación como formato.

Pensamiento e investigación científicos y los retos para la filosofía

Hace ya cuarenta años que se publicó un texto que en su momento constituyó un ataque a la filosofía intentando reducirla a una metafísica o, en el mejor de los casos, una fe razonada; el texto es *Sabiduría e ilusiones de la filosofía* de Jean Piaget (1970: 133); entonces definía Piaget a la filosofía, convencido de haberla puesto en su justo lugar, como una mera coordinación de valores: “La función metafísica propia de la filosofía lleva a una sabiduría y no a un conocimiento, porque es una coordinación razonada de todos los valores, incluso de los valores cognoscitivos, pero sobre pasándolo sin quedar solo en el plano del conocimiento”.

Más aún, le atribuye la vigencia de la filosofía –vigencia en declive según él– a lo poco desarrolladas o consolidadas que se mostraban las ciencias empírico-analíticas⁴ (Habermas, 1982: 318) para la época en que aquella surge. Casi que la filosofía aparece porque la humanidad aún no alcanzaba el grado de madurez y desarrollo, material, cultural e intelectual suficientes y, por lo tanto, las reflexiones de los filósofos llenaron temporalmente dichos vacíos. Además, desde el inicio se le percibió como un ejercicio teórico, conceptual, sin mucha conexión con las condiciones materiales e históricas en las cuales surgió. De ahí es común considerar a la filosofía como una disciplina teórica desarrollada a partir de una reflexión en torno a conceptos e ideas fruto de la cual se inducen o deducen más y nuevas categorías. De ahí una característica de la cual no se exime la filosofía es explicitar dos elementos: de una parte, un estado del arte y, de otra, los supuestos que fundamentan su reflexión y, por ende, sus posturas y sus conclusiones. Todo filósofo sin excepción siempre partió y parte de criticar y analizar las posturas, ideas y concepciones de quienes le antecedieron en el tema específico de que se trate.

En un contexto como en el que nos encontramos, una sociedad con profundos, atávicos y estructurales desequilibrios en lo económico, social y cultural, se nos plantea la pregunta acerca de cuál debe ser el oficio y el aporte del filósofo. Enfrenta la filosofía un reto bastante grande en la medida en que

⁴ Empleo la expresión tomada de Habermas en varios de sus textos, pero principalmente *Conocimiento e Interés* (1982), para referirse a las disciplinas de las ciencias naturales más sus afines que hacen del positivismo su método de investigación.

tradicionalmente su quehacer ha estado centrado en temas y cuestiones que pareciera que dejaron de ser importantes, no por los temas y preguntas en sí sino porque hoy en día aparentemente dejaron de ser interrogantes. La ciencia se ha ido encargando de responder y darlas por resueltas. Tan pretenciosa actitud es liderada por el pensamiento científico moderno y contemporáneo, pues considera éste estar en capacidad de dar razón, mediante los distintos métodos investigativos, de los temas que han sido objeto de la filosofía. Pareciera que las preguntas tradicionales de la filosofía perdieron vigencia: preguntas acerca de lo que es el mundo, el universo, su origen, su destino; el hombre, su origen, su sentido, su razón de ser, su destino final; la libertad, la justicia, la equidad, la felicidad, la verdad, el conocimiento.

Este artículo pretende, entonces, señalar algunos elementos que hacen pertinente, *hic et nunc* el quehacer de la filosofía a partir de la Teoría Crítica, para lo cual lo primero es explicar el alcance de la palabra “crítica”, acepción que se diferencia del uso corriente en otras disciplinas:

En la filosofía, a diferencia de la economía y la política, crítica no significa la condena de una cosa cualquiera, ni el maldecir contra esta o aquella medida; tampoco la simple negación o el rechazo. Es cierto que, en determinadas condiciones, la crítica puede tener esos rasgos puramente negativos; de ello hay ejemplos en la época helenística. Pero lo que nosotros entendemos por crítica es el esfuerzo intelectual, y en definitiva práctico, por no aceptar sin reflexión y por simple hábito las ideas, los modos de actuar y las relaciones sociales dominantes; el esfuerzo por armonizar, entre sí y con las ideas y metas de la época, los sectores aislados de la vida social; por deducirlos genéticamente; por separar uno del otro el fenómeno y la esencia; por investigar los fundamentos de las cosas, en una palabra: por conocerlas de manera efectivamente real (Horkheimer, 1974: 288).

Real por lo tanto, no es lo que aparece tal cual, expresado en datos medidos, clasificados y ordenados de forma empírica, eso es sólo una parte, además de esto hay otros niveles de la realidad, que, a falta de otro término más adecuado, la tradición lo denomina esencias, palabra rechazada en forma ligera por el positivismo, pero utilizada por éste a veces sin darse cuenta. Porque el gran rival de la filosofía en general, y de la propuesta de la Teoría Crítica en particular

no es más que el positivismo, junto con su aliado y por momentos sucedáneo, el pragmatismo: “Quienes se creen vencedores del idealismo están más cerca de él que la teoría crítica: hipostatizan al sujeto cognoscente y no, desde luego, como absoluto creador, sino como un *topos noetikos* de toda validez, de todo control científico” (Adorno, 1973: 15).

Para la ciencia positivista, la preeminencia de la lógica formal es uno de sus fundamentos metodológicos, confiada como está, en que ello garantice objetividad, preeminencia normativa en lo metodológico, en detrimento, a la luz de los pensadores de Frankfurt, del componente reflexivo y del componente crítico que toda ciencia se supone comporta. Como dice Adorno, la discusión entre la validez del quehacer filosófico y el de ciencia positivista tiene que superar los prejuicios logicistas pero también los dogmatismos (Adorno, 1973: 13). Las posiciones llegan a estar tan polarizadas que habría que pensar en un “terreno de nadie” al cual ambos puntos de vista pudieran converger para poder avanzar:

Pero dicho lugar no puede ser imaginado —de acuerdo con un modelo de alcance lógico— a la manera de algo aún más general que las dos posiciones contendientes. Es susceptible de ser concretado en la medida en que también la ciencia, incluida la lógica formal, no solo es una fuerza social productiva, sino también una relación de producción social. Ignoramos si los positivistas aceptarían esto último, ya que incide críticamente sobre la tesis fundamental de la autonomía absoluta de la ciencia, de su carácter constitutivo de toda clase de conocimiento (Adorno, 1973: 14).

Se impone un diálogo entre ambas perspectivas de investigación, que los beneficiaría a ambos y no cerrarse mediante la descalificación del otro, que llevaría a ambas perspectivas al aislamiento:

Toda dialéctica que abogue por esto ha de renunciar a considerarse en éste y en cualquier caso como un “pensamiento privilegiado”; no deberá presentarse como una especial capacidad subjetiva en virtud de la cual unos penetran en zonas cerradas para otros, ni mucho menos proceder como un intuicionismo. Los positivistas, por el contrario, habrán de hacer el sacrificio de abandonar la postura del “no lo entiendo”, como lo ha llamado Habermas, renunciando a descalificar de un plumazo

como ininteligible todo aquello que no coincida con categorías tales como “criterio empirista”. A la vista de la creciente animadversión contra la filosofía no puede uno menos sospechar que algunos sociólogos pretenden sacudirse convulsivamente su propio pasado, en tanto que éste, acostumbra vengarse (Adorno, 1973: 14).

La posición opuesta está representada por Karl Popper. Uno de los principales opositores de los planteamientos de Frankfurt, toda crítica es ante todo un intento de refutación, el método válido es el de someter toda tesis a la crítica y la objetividad radica en este método, que depura y separa, los prejuicios, preconceptos e ideologías, de lo estrictamente objetivo y, por ende, científico. Confía Popper en la posibilidad de aislar y separar una cosa de la otra. Pero en un primer momento son inseparables pues ambos elementos, lo ideológico y preconceptos y lo estrictamente objetivo se confunden en la realidad, constituyen y están presentes en ellos:

El conocimiento no comienza con percepciones u observación o con la recopilación de datos o hechos, sino con *problemas*. No hay conocimiento sin problemas –pero tampoco hay problema sin conocimiento. Es decir que éste comienza con la tensión entre saber y no saber, entre conocimiento e ignorancia: ningún problema sin conocimiento– ningún problema sin ignorancia. Porque todo problema surge del descubrimiento de que algo no está en orden en nuestro saber; o, lógicamente considerado, en el descubrimiento de una contradicción interna entre nuestro supuesto conocimiento y los hechos (Popper, 1973: 102).

Nuestro punto de partida debe ser, entonces, los problemas y el papel de la observación aparece una vez que nos encontramos frente al problema: “y la observación únicamente se convierte en una especie de punto de partida cuando desvela un problema [...] y lo que se convierte en punto de partida del trabajo científico no es tanto la observación en sí como la observación en su significado peculiar –es decir, la observación generadora de problemas” (Popper, 1973: 103).

En Popper encontramos también la tesis de la crítica de las propuestas de soluciones y es la tesis central respecto a validez y objetividad; se supone que los procesos de investigación nos generan soluciones a los problemas previamen-

te identificados; dichas soluciones deben someterse a la crítica de la comunidad científica y en la medida en que resistan la crítica se aceptan como válidas, por lo menos hasta que no aparezca otra solución que las invalide o relativice; en palabras de Popper (1973: 104):

Se proponen y critican soluciones. En el caso de que un ensayo de solución no resulte accesible a la crítica objetiva, es preciso excluirlo por no científico, aunque acaso solo provisionalmente. Si es accesible a una crítica objetiva, intentamos refutarlo: porque toda crítica consiste en intentos de refutación. Si un ensayo de solución es refutado por nuestra crítica, buscamos otro. Si resiste la crítica, lo aceptamos provisionalmente; y, desde luego, lo aceptamos principalmente como digno de seguir siendo discutido y criticado.

De la anterior perspectiva investigativa se desprende el tipo de método que se debe seguir y que para Popper es una variación del clásico “ensayo y error”, pero abordado sobre el acervo acumulado a lo largo de la historia y que no exime de empezar de cero cada vez, de ahí la importancia de los estados del arte previo a toda investigación; y, se desprende también lo que se entiende por objetividad; afirma Popper (1973: 104):

El método de la ciencia es, pues, el de la tentativa de solución, el del ensayo (o idea) de solución sometido al más estricto control crítico; no es sino una prolongación crítica del método del ensayo y del error. La llamada objetividad de la ciencia radica en la objetividad del método crítico; lo cual quiere decir que, sobre todo, que no hay teoría que esté liberada de la crítica, y que los medios lógicos de los que se sirve la crítica —la categoría de la contradicción lógica— son objetivos.

Al respecto Ralph Dahrendorf (1973: 140) señala cómo las acepciones de la palabra “crítica” son diferentes en ambos autores:

La palabra “crítica” (o más exactamente la ‘teoría crítica de la sociedad’) viene a radicar, según Adorno, en el desarrollo de las contradicciones de la sociedad mediante el conocimiento de las mismas. [...] En Popper, por el contrario, la categoría de la crítica está por completo vacía de contenido; no cabe ver en ella sino un puro mecanismo para la confirmación provisional de enunciados muy generales de la

ciencia: “no podemos fundamentar nuestros asertos, solo podemos someterlos a la crítica”.

Dahrendorf muestra cómo los objetos y campos de investigación de las ciencias naturales y las ciencias sociales al ser diferentes, determinan que tanto la estructura categorial y el método necesariamente no sólo sea diferente sino que incluso su génesis también lo deba ser.

En las ciencias de la naturaleza tenemos fundamentalmente que vérnoslas con materiales no mediados, es decir, con materiales de los cuales no cabe pensar que están preformados humanamente y, en consecuencia, eminentemente no cualificados, de tal modo que la ciencia natural –si ustedes lo prefieren así– nos deja en mayor libertad para elegir nuestro sistema categorial de lo que ocurre en la sociología, que es este mismo objeto el que nos impone el aparato categorial (Dahrendorf, 1968: 141).

Estas afirmaciones las hace Dahrendorf en 1968, pero a hoy, habría que decir que difícilmente la ciencia natural, y la investigación positivista se enfrenta a elementos naturales como los descritos por Dahrendorf, por el contrario la mayoría de su materia y elementos con los que se investiga hoy ya están mediados humana y socialmente (en el sentido de haber sido intervenidos, positiva o negativamente por el ser humano), luego razón de más para exigirle a la investigación científica positivista que revise sus marcos conceptuales. Mientras para la teoría crítica es posible comprender los procesos de la realidad y expresarlos categoricamente, emergiendo las categorías del objeto mismo para así conocerlo mejor, para Popper “el conocimiento viene a consistir siempre en un problemático intento de aprehensión de la realidad imponiendo a la misma categorías, y, sobre todo, teorías. Casi resulta superfluo citar aquí los nombres de Kant y Hegel” (Dahrendorf, 1973: 141).

No elude Popper el tema de la objetividad en su relación con la posición personal, valorativa del investigador y ciertamente no lo puede hacer pues dada su opción metodológica “hipotético-deductiva: no hay observación sin hipótesis” y toda hipótesis supone una interpretación, y toda interpretación involucra intereses, ideologías y creencias que se camuflan en compromisos, de los cuales,

dice la Teoría Crítica, en algún momento también hay que hablar. En *El científico y el político* Max Weber nos había postulado la posibilidad de independencia del científico, y por ende, de la ciencia y la investigación que la genera, respecto a sus opciones valorativas, sus creencias, su ideología:

En las ciencias sociales la objetividad es mucho más difícil de alcanzar (si es que es, en absoluto, alcanzable) de lo que lo es en las ciencias de la naturaleza; porque la objetividad equivale a una neutralidad valorativa (el término empleado por Weber es *wertfreiheit* cuya traducción literal es "libertad de valores⁵), y solo en casos muy extremos logra el científico social emanciparse de las valoraciones de su propia capa social accediendo a cierta objetividad y asepsia en lo tocante a valores (Popper, 1973: 105).

Es en este aspecto nodal de la objetividad donde la filosofía hace sus aportes más realistas. Y éstas se convierten en retos para la ciencia y la investigación científicas, como lo mostramos a continuación.

Las respuestas de la filosofía, retos de la ciencia y la investigación científicos

La situación de la filosofía siempre ha estado acompañada de no cierta incomodidad en el concierto de las disciplinas del saber; en todas éstas, si bien puede haber diferencias y discrepancias a su interior por parte de sus estudiosos y seguidores, todos aceptan y acatan una orientación general y en todos ellos o al menos en su mayoría existen consensos en torno al método y al objeto de estudio. En la filosofía no ocurre lo mismo, tal como lo afirma Horkheimer (1974: 274)⁶:

En la filosofía, en cambio, la refutación de una escuela por otra implica generalmente su rechazo total, el negar como radicalmente falsas sus teorías fundamentales. Esta actitud, claro está, no es compartida por todas las escuelas. Una filosofía dialéctica,

⁵ Nota del traductor Jacobo Muñoz.

⁶ La cita y las siguientes, están tomadas de la selección de ensayos publicados bajo el título *Teoría Crítica* por Editorial Amorrortu de Buenos Aires en 1974, con la dirección de Pedro Geltman y la traducción de Edgardo Albizu y Carlos Luis. Esta selección de ensayos se tomó de la obra original *Kritische Theorie, Eine Dokumentation* de Max Horkheimer; dos tomos, publicada en 1968 por S. Fischer Verlag GmbH, Franckfurt Am Main. La cita y las siguientes, mientras no se diga lo contrario, pertenecen al ensayo *La Función Social de la Filosofía*, de 1940. Esta publicación existe en internet con libre acceso.

por ejemplo, que sea fiel a sus principios, tenderá a conservar la verdad relativa de los diferentes puntos de vista y a integrarlos a su propia teoría, más abarcadora. Otras corrientes, como el positivismo moderno, son menos elásticas y simplemente excluyen del campo del conocimiento gran parte de la literatura filosófica, en especial los grandes sistemas del pasado.

Esto le permite a Horkheimer señalar que en el campo de filosofía, lo que nos une a los académicos que nos reclamamos de esta disciplina, a lo sumo es una idea vaga. Como se afirma en la cita, la situación de las demás disciplinas es bien diferente; sus investigaciones responden a necesidades inmediatas y concretas que surgen con el transcurrir de la historia, originadas a su vez de las formas históricas como la humanidad, las distintas sociedades, se han organizado. Pero esto no significa que toda producción científica a lo largo de la historia, ha sido útil para la humanidad, ni que lo haya sido en forma inmediata. Algunos aportes científicos, como lo señala Horkheimer, bien pudieron no darse pues no han sido imprescindibles para la humanidad y otros han tardado años y décadas en ser aceptados o en llegar a ser verdaderos aportes y avances para la humanidad; en la ciencia también se han desperdiciado recursos en procesos investigativos anodinos e irrelevantes, pero se debe reconocer que ello forma parte del precio que debemos pagar por el progreso y el desarrollo (Horkheimer, 1974: 274). La investigación científica está conectada directamente con la vida humana, con las condiciones materiales en las que ésta se desenvuelve y son estas condiciones las que en últimas determinan y condicionan el grueso de la investigación científica. Ahora bien, dichas necesidades humanas son agenciadas, leídas, interpretadas y asumidas por distintas organizaciones, tanto públicas como privadas, las cuales han estado y están interesadas en apoyar investigación científica que busque soluciones a dichas necesidades. Las primeras, como insumo para volverlas políticas públicas; las segundas, las empresas privadas las asumen como inversión para obtener beneficios pues su lógica es hacer negocio.

La situación de la filosofía es diferente, pues, salvo raras excepciones, nunca recibe solicitudes de la empresa privada, por lo tanto, al no recibir demandas concretas, la filosofía tiene que elaborar, y así lo hace, los respectivos diagnós-

ticos acerca de las necesidades de la vida humana, que de todas formas se le demandan, y adelantar sus investigaciones:

La filosofía carece de tales guías. Es cierto que en ella se depositan muchas esperanzas: se le pide que encuentre soluciones a problemas que las ciencias no tratan o tratan de manera poco satisfactoria. Pero la praxis social no ofrece ninguna pauta a la filosofía: esta no puede conducir a éxitos de ninguna especie (Horkheimer, 1974: 275).

Pese a ello, de la reflexión y la investigación de la filosofía se espera siempre que aporte la solución de las necesidades de la vida humana. Y aparentemente en esa competencia frente a la investigación científica, la filosofía pareciera tener las de perder. Y esto debido a que los productos y resultados de la investigación científica impactan inmediata y directamente en las condiciones materiales de los ciudadanos, incluso generando cambios coyunturales y estructurales en aquellas, lo cual casi siempre se lee como desarrollo, progreso y niveles crecientes de bienestar. Sin embargo, si se hila fino, a veces no es así; al respecto nos dice Horkheimer (1974: 277):

Sin embargo, tras una visión más profunda se descubre que, a pesar de todos esos fenómenos, el modo de pensar y actuar de los hombres no ha progresado tanto como pudiera creerse. Por el contrario, sus acciones transcurren, al menos en una gran parte del mundo, mucho más mecánicamente que en otros tiempos, cuando se hallaban motivadas por una conciencia viviente dictada por la convicción. El progreso tecnológico ha contribuido, incluso, a cimentar con más firmeza viejas ilusiones y a producir otras nuevas, sin que la razón pudiera nada contra ello. Precisamente la difusión y la industrialización de instituciones culturales han hecho que factores significativos de la maduración intelectual involucionen o desaparezcan totalmente. Eso puede residir en la superficialidad de los contenidos, en la debilidad de los órganos intelectuales o en el hecho de que algunas facultades creadoras del hombre relacionadas con el individuo están a punto de desaparecer.

Piénsese, por ejemplo, en las competencias básicas (lecto-escritural, argumentativa, comunicativa) de los estudiantes que llegan a la educación superior provenientes de la secundaria y que sabemos el grado de exposición que han

tenido y tiene frente a los muchos artefactos de los que se precia la investigación científica. Pero, para no ser injustos, debemos mencionar otros ejemplos que podrían legitimar el quehacer científico hoy; pensemos en el campo de la medicina, de los equipos médicos, de los medios de transporte y de comunicación en general, la biotecnología, la robótica y otras ramas con investigación llamada de punta y con contundentes impactos estructurales en la vida humana. Pero ahí tendríamos que señalar la dimensión de lucro que hay detrás, objeción que dependiendo de la perspectiva desde la cual se mire, puede ser o no ser relevante. Aún así, para Horkheimer el impacto de los avances de la ciencia y de la técnica sigue teniendo una dosis de preocupación: “Pero hay que admitir que ni los logros de la ciencia en sí mismos ni el perfeccionamiento de los métodos industriales se identifican directamente con el verdadero progreso de la humanidad. Es notorio que los hombres, pese al avance de la ciencia y la técnica, empobrecen material, emocional y espiritualmente” (Horkheimer, 1974: 278).

Pareciera que la relación entre desarrollo científico y tecnológico estuviera en relación inversa con el crecimiento y la realización integral del ser humano. Hoy el mundo es más inseguro (o al menos tanto como los tiempos en que no contábamos con el actual desarrollo científico-técnico), hasta el punto que el ciudadano voluntariamente acepta menos libertad con tal de tener más seguridad. A nivel privado, el ciudadano se comporta racionalmente y aparenta ser él quien controla y pone a su servicio los artefactos que a su disposición pone el desarrollo científico-técnico. Pero en el plano social, difícilmente se puede esperar lo mismo y, por el contrario, y el paisaje que se nos aparece, cuando las masas de la población hacen uso en forma masiva de los avances de la ciencia y la tecnología nos queda el sabor de la ausencia de lo racional. Tal es el caso de escenas como el uso simultáneo y masivo de cualquier tecnología. Tanto en lo privado como en el plano social es el hombre el que parece ser dominado y determinado, en su comportamiento compulsivo y dependiente, por los artefactos. Podemos observar un ejemplo en el caso del celular. Es sabido que toda conversación queda grabada en los servidores de las empresas proveedoras del servicio respectivo, al igual que todo mensaje de texto, ya sea vía celular o por internet. Nos movemos en medio de un entramado de redes de comunicación, oculta y no evidente para la mayoría de la población usuaria.

Y de esto poco se habla, y sólo lo hacen círculos reducidos del ámbito empresarial y de los gobiernos. Y la reflexión que nadie se hace es: ¿por qué las masas de ciudadanos, habitantes de un mundo globalizado y tecnologizado gracias al desarrollo científico-técnico, no solamente no se entera, sino que, incluso, enterado, lo acepta, sabiendo (en el mejor de los casos, el de los ciudadanos ilustrados) que ello implica recortes a su libertad, en aras de una seguridad que no siempre lo cobija? Porque para la mayoría de la población tal situación ni siquiera la relaciona con su libertad. Este crudo y terrible diagnóstico lo viene haciendo la filosofía desde siempre, tal como lo señala Marcuse (1970: 24): "El hecho de que la gran mayoría de la población acepte, y sea obligada a aceptar, esta sociedad, no la hace menos irracional y menos reprochable". ¿Qué tiene este desarrollo científico-técnico que hace que las preguntas fundamentales estén ausentes de la cotidianidad de la mayoría de la población?, ¿es algo accidental e involuntario de la investigación científico-técnica o, por el contrario, ésta es consciente de ello y, no sólo eso, sino que lo que lo tiene como uno de sus objetivos centrales? Nos recuerda, entonces, Horkheimer:

Precisamente con esto tuvo que ver el proceso contra Sócrates. A la exigencia de someterse a las costumbres sancionadas por los dioses y de adaptarse incondicionalmente a un modo de vida heredado por tradición, opuso él que el hombre debe analizar sus acciones y configurar él mismo su destino. Su Dios habitaba en él, o sea en su razón y en su voluntad. Hoy la filosofía ya no discute acerca de dioses, pero la situación del mundo no es menos crítica. La aceptaríamos si estuviéramos dispuestos a afirmar que razón y realidad están reconciliadas, y asegurada la autonomía del hombre en la sociedad actual. La filosofía se ve imposibilitada para ello; no ha perdido nada de su relevancia originaria (Horkheimer, 1974: 279).

La filosofía no tiene otra opción sino decir y señalar estas cuestiones pues en el mundo actual ya no queda nadie que las diga. O digámoslo de otra manera: si alguien lo señala, no siendo filósofo, se le etiqueta como tal, incluso en tono despectivo por parte de algunos. Mientras la investigación científico técnica camina por los carriles que le señala la industria y se le ofrecen los recursos suficientes para que haga su labor con relativa tranquilidad (eso sí, contra resultados concretos, útiles y susceptibles de convertirse en retorno económico), la filosofía se las tiene que valer por sí misma desde el comienzo:

Si la ciencia puede aún acudir a datos establecidos que le señalan el camino, la filosofía, en cambio, debe siempre confiar en sí misma, en su propia actividad teórica. La determinación de su objeto forma parte de su programa en medida mucho mayor que en el caso de las ciencias especiales, aun hoy, cuando estas se encuentran tan concentradas en problemas de teoría metodológica (Horkheimer, 1974: 279).

En países como el nuestro, con agudos desequilibrios y problemas enraizados incluso culturalmente, las urgencias de la superación de las necesidades básicas de la mayoría de la población se esgrime como argumento para descalificar o, en el mejor de los casos, aplazar las reflexiones acerca de realidades inherentes al ser humano y su devenir como sociedad, como cultura y como civilización, por inútiles, abstractas y generadoras de tensiones. Así las cosas, nos identificamos con Horkheimer respecto a que la filosofía no tiene otro camino sino apersonarse de la crítica argumentada, pues no se ve, al menos en lo inmediato, quien lo esté haciendo o esté en capacidad de hacerlo; de unas disciplinas cooptadas por la empresa privada y por el Estado vía financiación de la investigación difícilmente se puede esperar que lo hagan:

La verdadera función social de la filosofía reside en la crítica de lo establecido. Eso no implica la actitud superficial de objetar sistemáticamente ideas o situaciones aisladas, que haría del filósofo un cómico personaje. Tampoco significa que el filósofo se queje de este o aquel hecho tomado aisladamente, y recomiende un remedio. La meta principal de esa crítica es impedir que los hombres se abandonen a aquellas ideas y formas de conducta que la sociedad en su organización actual les dicta. Los hombres deben aprender a discernir la relación entre sus acciones individuales y aquello que se logra con ellas, entre sus existencias particulares y la vida general de la sociedad, entre sus proyectos diarios y las grandes ideas reconocidas por ellos (Horkheimer, 1974: 282).

Este quehacer filosófico lo que busca es llamar la atención al ciudadano acerca de la conexión entre las acciones, decisiones y situaciones particulares y aparentemente aisladas y autosuficientes, con una realidad totalizante en lo social, lo cultural, lo económico y lo político. Esa conexión no le es evidente al ciudadano promedio por diversas razones, unas más claras otras más sutiles, con lo cual él no capta la causalidad de la realidad, en las cuatro dimensiones

mencionadas, porque aquélla se le presenta como una infinita sucesión de fragmentos o segmentos, cuya lógica y racionalidad lo exceden ya que abordarlas le implica vérselas con ideas y conceptos para los cuales la misma realidad que vive no lo prepara, ocupado como está en interactuar con los artefactos que la investigación científico técnica le ofrece en forma absorbente y obnubilante, en el mejor de los casos, cuando no es que está dedicado a la satisfacción de las necesidades más elementales. Esta tarea de la filosofía como llamadora de la atención acerca de la articulación entre el evento particular y la totalidad es tan antigua como la filosofía misma, como nos lo recuerda Horkheimer:

Aquí sería oportuno recordar una comparación que se hace en el *Gorgias*. Los oficios de panadero, cocinero o sastre son, en sí mismos, muy útiles, pero pueden resultar perjudiciales para el individuo y para la humanidad si dejan de lado consideraciones relativas a la salubridad. Los puertos, los astilleros, la construcción de fortificaciones y los impuestos son, en el mismo sentido, ventajosos; pero si en ellos no se tiene en cuenta el bien de la comunidad, estos factores de seguridad y prosperidad se transforman en instrumentos de la destrucción (Horkheimer, 1974: 283).

Sumido en la particularidad del día a día, el ciudadano de las sociedades actuales se ve obligado a guiarse más por la información que le llega y menos por la formación que posee. Y el volumen de aquella es tal que lo abruma y avasalla, y al ser imposible poder procesarla, comprenderla y usarla de forma adecuada, oscila entre seguir lo que alcance a discernir de la gigantesca información que lo bombardea, moviéndose más por intuición que por razón, o acatar, seguir y creer a pie juntilla lo que mediante dicha información le llega. La carencia de un criterio formado evidencia el tamaño de riesgo de las decisiones que toman los ciudadanos todo el tiempo. Así las cosas, el terreno queda abonado para que los más avezados y conspicuos líderes y caudillos, no siempre los mejores ciudadanos y casi nunca portadores de intereses generales, hagan llegar mensajes arropados y adobados con un lenguaje altruista y cívico que lo único que pretenden es lograr que las masas de ciudadanos hagan lo que a ellos les conviene.

La historia muestra que es más peligrosa la ignorancia que la ilustración, es más peligrosa una masa de pueblo ignorante e informe que una sociedad de ciudadanos formados y pensantes. Lo que pasa es que estos últimos requieren

igualmente de gobernantes y líderes igualmente formados e ilustrados. Y sobre estos temas cada vez se habla menos al igual que quienes lo hacen. Por ello hoy más que nunca es necesario y vigente la reflexión filosófica en particular y humanística en general; nunca como hoy se requiere de claridad conceptual y teórica, pues es mucho lo que está en juego, como es el destino y el futuro no ya de unos cuantos individuos, ni siquiera de un pueblo o varias, sociedades, no, lo que está en juego es la vigencia y supervivencia de una civilización y de una forma de vida. Y esto no se resuelve con una investigación positivista que agota su discurso y sus posibilidades en la proliferación de procesos formales con pretensiones de verdad y objetividad que finalmente se traducen en poder y riquezas para unos y pobreza y exclusión para las mayorías. Es evidente que de las pocas disciplinas y oficios que aún asumen como tarea señalar estas situaciones sigue siendo la filosofía, con las limitaciones propias de todo que-hacer humano, pero además a causa del falso derecho que otras disciplinas se abrogan de ser ellas quienes deciden unilateralmente el alcance, significado y contenido de los ideales y anhelos de toda la humanidad.

Más allá de la importancia, explícita o implícita, consciente o inconsciente, que la investigación de problemas sociales reviste en la filosofía, queremos insistir una vez más en que la función social de esta no consiste primariamente en ello, sino en el desarrollo del pensamiento crítico y dialéctico. La filosofía es el intento metódico y perseverante de introducir la razón en el mundo; eso hace que su posición sea precaria y cuestionada. La filosofía es incómoda, obstinada y, además, carece de utilidad inmediata; es, pues, una verdadera fuente de contrariedades. Le faltan criterios unívocos y pruebas concluyentes (Horkheimer, 1974: 285).

La situación es de tal nivel que restablecer a los ciudadanos la competencia deliberante dejó de ser algo accesorio y se convirtió en un elemento restaurador del sentido de humanidad y dignidad de los ciudadanos.

Quizás haya épocas en las que sea posible arreglárselas sin teorías: en la nuestra, esa carencia empequeñece al hombre y lo deja inerte frente a la violencia. El hecho de que la teoría puede perderse en un idealismo hueco y sin vida, o caer en una retórica fatigante y vacía, no significa que esas sean sus formas verdaderas. (Por lo que respecta al aburrimiento y a la superficialidad, la filosofía los encuentra

más a menudo en la llamada investigación empírica.) En todo caso, hoy la dinámica histórica total ha puesto la filosofía en el centro de la realidad social, y la realidad social en el centro de la filosofía (Horkheimer, 1974: 286).

No estamos propendiendo entonces por el cultivo de lo teórico per se. Idos son los tiempos en los que la sociedad podía darse el lujo de que sus pensadores se dedicaran cómodamente a la reflexión a-histórica y sin compromiso (o no-pertinente como se dice ahora). La investigación científico-técnica es necesaria e ineludible y los pensadores de La Escuela de Frankfurt así lo reconocen, y ello obliga a que la filosofía replantee su quehacer y su papel en las sociedades actuales.

El conocimiento no está relacionado sólo con condiciones psicológicas y morales, sino también con condiciones sociales. Proponer o describir formas político-sociales perfectas partiendo de meras ideas carece de sentido y es insuficiente. La utopía como coronamiento de los sistemas filosóficos es reemplazada, pues, por una descripción científica de las relaciones y tendencias concretas que pueden conducir a un mejoramiento de la vida humana. Esto trae vastas consecuencias para la estructura y el significado de la teoría filosófica (Horkheimer, 1974: 286).

La investigación hoy

Con el advenimiento de la Modernidad en occidente el modelo democrático en lo político y de libre empresa o capitalista en lo económico se impuso en la mayoría de los países mediante de las revoluciones denominadas burguesas, de las cuales la Francesa (1789) se ha visto como el prototipo de revolución burguesa en sentido estricto⁷. Pero ya había ocurrido una cien años antes, en Inglaterra (1640-1680) que tuvo sus diferencias sustanciales con la francesa. Uno de los denominadores comunes o características que tuvieron todos los procesos revolucionarios es el surgimiento de un nuevo modelo de producción y su consecuente expresión a nivel de las relaciones sociales que llevó aparejadas. Libertad de empresa y la búsqueda de la utilidad o ganancia imprimieron una impronta para siempre en las nuevas sociedades, surgidas

⁷ Esta tesis la defienden Perry Anderson en *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental* (Anderson, 1978) y un clásico de la historiografía de la Revolución Francesa, Albert Soboul, en su texto *La Revolución Francesa*.

de la desaparición del antiguo régimen, el Medioevo. Estas transformaciones estructurales marcaron el devenir del pensamiento y la investigación científica, porque desde su origen, la ciencia natural nació en un contexto en el que ya estaban configuradas las dinámicas y lógicas sociales, económicas y políticas, que hicieron de la investigación científica, una práctica atada y condicionada, a veces más, a veces menos, a dichas dinámicas y lógicas. "El espíritu de especialización persigue, en el mundo de los negocios, solo la ganancia; en el terreno militar, solo el poder, y, en la ciencia, nada más que el éxito en una disciplina determinada. Si este espíritu no es controlado, provoca un estado anárquico en la sociedad" (Horkheimer, 1974: 284).

Por lo tanto, el pensamiento de Frankfurt nos recuerda algo que con frecuencia se olvida y es que el científico no es un personaje ideal y puro como tampoco los procesos de producción de nuevos conocimientos; éstos están insertos en sociedades concretas, cada una con sus condiciones materiales particulares que influyen y determinan su dinámica, su alcance y sus posibilidades. "Que la transformación de las estructuras científicas dependa de la situación social respectiva, es algo que se puede afirmar, no solo respecto de teorías tan generales como el sistema copernicano, sino también respecto de los problemas especiales de la investigación corriente" (Horkheimer, 1974: 229).

Eso significa que el concepto de pertinencia, clave cuando de investigación se trata, no es un concepto abstracto, puro y neutro; la pertinencia alguien la define y normalmente se hace desde fuera de la investigación y de los investigadores:

Que el hallar nuevas variedades en dominios aislados de la naturaleza orgánica o inorgánica, ya sea en un laboratorio químico o en investigaciones paleontológicas, constituya un motivo para la modificación de viejas clasificaciones o para el surgimiento de otras nuevas, ello de ningún modo se puede deducir solamente de la situación lógica. Aquí los epistemólogos suelen apelar a un concepto sólo en apariencia inmanente a su ciencia: el concepto de «pertinencia» (*Zweckmässigkeit*). Si las nuevas definiciones se introducen en el sentido de la pertinencia, y en qué medida ello ocurre, no depende, en verdad, sólo de la simplicidad o de la coherencia lógica del sistema, sino, entre otras cosas, de la orientación y metas de la investigación, que no se pueden explicar ni entender a partir de la investigación misma (Horkheimer, 1974: 230).

Por lo tanto, la investigación es una práctica situada en un contexto más amplio que la investigación misma y considera el pensamiento de Frankfurt que es importante reflexionar sobre ello, así el positivismo y el pragmatismo sigan considerando que son temas irrelevantes o que están por fuera de la investigación propiamente dicha.

Y, así como la influencia del material sobre la teoría, tampoco la aplicación de la teoría al material es sólo un proceso intracientífico; es, al mismo tiempo, social. La relación entre las hipótesis y los hechos, finalmente, no se cumple en la cabeza del científico, sino en la industria. Reglas tales como las de que el alquitrán de hulla, sometido a determinadas influencias, adquiere tonalidades cromáticas, o que la nitroglicerina, la pólvora y otras sustancias tienen un alto poder explosivo, son saber acumulado que es puesto realmente en práctica en los establecimientos fabriles de las grandes industrias. Entre las distintas escuelas filosóficas, los positivistas y los pragmatistas parecen interesarse especialmente por la imbricación del trabajo teórico en el proceso de vida de la sociedad. Señalan como misión de la ciencia el predecir hechos y obtener resultados útiles. Sin embargo, en la práctica es asunto privado del científico concebir de este modo tal misión y el valor social de su labor. Puede creer en una ciencia independiente, «suprasocial», desligada, o bien en la significación social de su especialidad: esta diferencia de interpretación para nada influye en su quehacer práctico. El científico y su ciencia están sujetos al aparato social; sus logros son un momento de la autoconservación, de la constante reproducción de lo establecido, sea lo que fuere lo que cada uno entienda por ello (Horkheimer, 1974: 230).

Un aspecto que los profundos cambios en los sistemas de comunicación, fruto del desarrollo científico, nos pone en evidencia es la interdependencia y la interconexión de las distintas esferas de la sociedad, niveles, dimensiones, aspectos, áreas, procesos, sectores, en fin, sea cuál sea la taxonomía que ese emplee; es la tesis hegeliana, en sus dos versiones, la versión ontológica acerca de la que la realidad es síntesis de múltiples determinaciones, una, o la versión epistemológica de que la verdad es sistema; si ello es así, y el desarrollo de la investigación científica nos lo ha probado, entonces la ciencia, sus supuestos, sus procedimientos, sus productos y, en general, su pertinencia y utilidad también están en relación con el resto de la sociedad y mal pueden ser ámbitos cerrados y exclusivos ya sea de tecnócratas, científicos o políticos.

Pero, en realidad, la vida de la sociedad resulta del trabajo conjunto de las distintas ramas de la producción, y si la división del trabajo en el modo de producción capitalista funciona mal, sus ramas, incluida la ciencia, no deben ser vistas como autónomas o independientes. Son aspectos particulares del modo como la sociedad se enfrenta con la naturaleza y se mantiene en su forma dada. Son momentos del proceso social de producción, aun cuando ellas mismas sean poco o nada productivas en el verdadero sentido (Horkheimer, 1974: 231).

No entender esto o entendiéndolo pretender ignorarlo pone en riesgo a la sociedad toda; el peligro radica en hacer de una práctica investigativa, generada y sustentada en una visión fragmentada y que fragmenta de la realidad la única visión válida de aquélla, extrapolando un método y unos resultados particulares a ámbitos más amplios que involucran aspectos, dimensiones y personas que no estaban originalmente incluidos en el diseño de la investigación, concluyendo o aplicando resultados a campos, temas u poblaciones para las cuales no se diseñó originalmente la investigación.

El progreso en la conciencia de la libertad consiste propiamente, según esta lógica, en que, del mísero escorzo de mundo que se ofrece a la contemplación del científico, una parte cada vez mayor sea expresable en la forma del cociente diferencial. Mientras que, en realidad, la profesión del científico es un momento no independiente dentro del trabajo, de la actividad histórica del hombre, aquí es puesta en el lugar de ellos. En la medida en que la razón, en una sociedad futura, debe efectivamente determinar los acontecimientos, esta hipóstasis del logos en cuanto efectiva realidad es también una utopía encubierta. El autoconocimiento del hombre en el presente no consiste, sin embargo, en la ciencia matemática de la naturaleza, que aparece como logos eterno, sino en la teoría crítica de la sociedad establecida, presidida por el interés de instaurar un estado de cosas racional (Horkheimer, 1974: 232).

Otra consecuencia de lo anterior, de que la investigación científica exceda sus límites y sus marcos propios, diseñados y definidos y, por lo tanto, se cree con la competencia para abordar campos y temáticas más amplias llevada por el deseo y la convicción de la necesidad de generalizar, universalizar, y, sobre todo, aplicar y probar lo investigado.

Por otra parte, la empresa privada requiere en forma permanente mayores niveles de productividad y eficiencia en sus procesos y productos, por lo cual se generan las condiciones de posibilidad para la interacción entre ambos, la investigación y la empresa privada; ésta, que es quien dispone de los recursos para la financiación, también determina el qué y el para qué de la investigación; a veces de una manera directa, a veces por la figura de la consultoría, la empresa privada y el sector industrial y agroindustrial en particular inciden en los procesos investigativos, con lo cual queda atada la pertinencia y el impacto de sus resultados a los objetivos de aquellas. Pero no debemos llamarnos a engaño: el interés de la empresa privada al contratar la investigación de punta con los centros académicos no está motivada por un interés altruista, generoso y solidario con la sociedad; en el mejor de los casos, eso puede suceder pero como resultado y no como objetivo de dicha contratación. El interés de la empresa privada es por ser más eficiente y productiva, lo cual, nos lo enseña la teoría económica, tiene como finalidad incrementar la ganancia de la empresa, sus utilidades y, por ende, los beneficios de sus accionistas y dueños, y los centros académicos que contratan investigación con la empresa privada lo deben tener claro: el contenido y significado de lo que es investigación pertinente y con impacto, no siempre coincide entre ambas partes.

La formación de hipótesis, el trabajo teórico en general, es una actividad para la cual existe, en la situación social presente, una fundamental posibilidad de aplicación, es decir, una demanda. Si ella es pagada por debajo de su valor, o incluso si no puede ser vendida, comparte simplemente el destino de otros trabajos concretos y, quizás, útiles, desechados por esta economía. Esto nada tiene que ver con la pregunta sobre si los esfuerzos científicos mismos son productivos en sentido estricto. En este sistema hay demanda para una enorme cantidad de productos llamados científicos; son apreciados de los más diversos modos, y una parte de los bienes que provienen realmente de un trabajo productivo es gastada en ellos, sin que esto implique nada respecto de su propia productividad (Horkheimer, 1974: 239).

Esta relación interesada entre la investigación científica y la empresa privada no es nueva, porque ambas nacieron unidas necesitándose mutuamente, y así lo muestra el origen histórico a finales de la Edad Media, el Renacimiento y la Modernidad; es la famosa frase de Adam Smith ya citada en este documen-

to a propósito de la conexión, mediante los mecanismos “impersonales” del mercado (la mano invisible) entre las actividades económicas, los intereses de quienes las realizan (y ofertan) y los intereses de quienes la demandan. Pero lo que sí es nuevo es el discurso legitimador de ambas partes (la empresa privada y la investigación científica) debido a que los unos y los otros lo hacen con pertinencia y en aras de mejores condiciones de vida para todos; tal motivación altruista, cooperativa y solidaria se supone que hace válidas las prácticas de unos y otros, empresarios y científicos; y la carga de la prueba de su argumentación radica también en que otro tipo de esquema cooperativo en torno a la investigación es sesgada e ideológica, y por ende, no es seria al carecer de pertinencia y utilidad.

La desocupación, las crisis económicas, la militarización, los gobiernos fundados sobre el terror, el estado general de las masas, no se basan, precisamente, en lo precario del potencial técnico, como pudo ocurrir en épocas anteriores, sino en las condiciones en que se lleva a cabo la producción, condiciones que ya no se adecuan al momento presente. El despliegue de todos los medios, físicos y espirituales, para el dominio de la naturaleza, es coartado por el hecho de que ellos están en manos de intereses particulares opuestos los unos a los otros. La producción no está orientada hacia la vida de la comunidad, contemplando además las exigencias de los individuos, sino que se dirige en primer lugar a las exigencias de poder de los individuos, contemplando también, en caso de necesidad, la vida de la comunidad. Esto ha sido una derivación forzosa del principio progresista de que es suficiente con que los individuos, bajo el sistema de propiedad establecido, se preocupen solo de sí mismos (Horkheimer, 1974: 245).

Esta concepción empresarial de la ciencia y de la investigación genera además otras realidades colaterales no menos importantes y es la unidimensionalidad. Esta categoría, introducida por Marcuse para referirse a los efectos que la investigación positivista tiene sobre la sociedad en su conjunto, conlleva unas consecuencias particulares sobre las personas que desarrollan este tipo de ciencia, pero que se expresa en toda la sociedad y en sus ciudadanos. Tanto unos y otros acceden a una investigación fragmentada, y a unos resultado igualmente fragmentados, de tal forma que cada quien termina teniendo acceso a parcelas y campos delimitados, altamente especializados en el mejor de los casos, pero

que debido a ello quedan limitados e incluso impedidos de poder llevar a cabo el más mínimo nivel de confrontación teórica o crítica, pues para ello habría que ampliar los marcos de referencia, lo cual, por definición, es descalificado ya sea por el investigador positivista o por la empresa contratante, o por ambos. Consecuencia de ello, cuando el investigador habla y opina sobre temas o categorías o procesos que teniendo relación con los temas de sus investigaciones, no son exactamente estos, la calidad de su discurso cae ostensiblemente:

Por ello el pensamiento constructivo tiene, en la totalidad de esta teoría, una importancia mayor frente a lo empírico que en la vida del sentido común. En esto reside una de las causas por las cuales, en asuntos que conciernen a la sociedad en su conjunto, personas que, en especialidades científicas aisladas o en otras ramas profesionales, dan pruebas de un enorme rendimiento, pueden mostrarse, a pesar de su buena voluntad, limitadas e incapaces (Horkheimer, 1974: 252).

Veamos a continuación un poco más en detalle las consecuencias de la unidimensionalidad de la que nos habla Marcuse.

Sobre los efectos en la sociedad y en los ciudadanos

Herbert Marcuse escribe su texto *El hombre unidimensional* a finales de los años sesenta y creería uno que su diagnóstico sobre la sociedad de la época, así como sus análisis y crítica a los supuestos de la ciencia positivista, hoy, cincuenta años después, deberían haber quedado obsoletos e invalidados, mas, por el contrario, lo que encontramos es su renovada y contundente vigencia. Ciertamente los avances de la ciencia se han traducido en cambios importantes, significativos y en algunos casos, estructurales, respecto a la vida de las personas, y los niveles de bienestar a los cuales ha llegado una parte de la humanidad. Y ahí radica la gran duda y preocupación. ¿Es posible afirmar que dichos avances han hecho a la humanidad llevar una vida mejor, cualitativamente superior a lo que existía antes?; ¿es el planeta mejor, mejor conservado, que antes? Por no indagar acerca de los problemas más acuciantes de la humanidad, como son la pobreza, la exclusión, la desigualdad, la libertad, la salud (morbilidad, mortalidad), la educación, el empleo, el ingreso, y así podríamos seguir enumerando nuevos problemas. Al menos, ¿puede esperarse que los avances científicos

han hecho a la humanidad más sensible y consciente de dichos problemas? La evidencia empírica nos muestra que no, por el contrario, los problemas son cada vez más graves, y a manera demostrativa sólo tomemos uno de los problemas enumerados: el estado del planeta. Nadie puede negar que al actual modelo de sociedad, e incluso de civilización, basada en la combinación de economías de libre mercado más investigación positivista y pragmatista, le cabe un alto grado de responsabilidad frente al actual y creciente deterioro del planeta⁸ originado en la depredación de los recursos naturales por parte empresas apoyadas y estructuradas, la mayoría de ellas, en procesos tecnológicos fruto de la investigación científica denominada de punta. Seguramente los pequeños círculos de científicos, académicos, empresarios y responsables políticos, son conscientes de los daños y las responsabilidades, pero la confluencia de sus intereses los lleva a no tomar las medidas con la resolución y contundencia que la situación exigiría. Y, por otra parte, los grupos de la sociedad civil que igualmente tienen claro el problema no tienen ni los medios ni la capacidad de ser escuchados, y, entre estos dos extremos, se encuentra la inmensa mayoría de los ciudadanos, sin la información ni la conciencia ni la sensibilidad frente a estas problemáticas: “El hecho de que la gran mayoría de la población acepte, y sea obligada a aceptar esta sociedad, no la hace, a esta sociedad, menos irracional y menos reprochable” (Marcuse, 1970: 24).

La capacidad de reacción de los ciudadanos está reducida al mínimo, pero no porque el sistema recurra a mecanismos de represión física (salvo en aquellos casos en los que lo considera necesario⁹) sino porque mediante los productos tecnológicos que producen la ciencia y la técnica hoy, el ciudadano de los países avanzados se siente bien, confortable, eficiente, funcional a la sociedad, lográndose que sea el mismo ciudadano quien interiorice la norma y control, de forma tal que el control y la represión física se reduce a lo mínimo necesario: “En esta sociedad, el aparato productivo tiende a hacerse totalitario en el

⁸ Piénsese por ejemplo, el reciente desastre ecológico causado por la BP en el Golfo de México, o el caso del Petrolero Exxon Valdez en Alaska hace unos años, o los desastres causados por el cambio climático y que afecta simultáneamente a distintos países.

⁹ Tal es el caso de las manifestaciones de protesta de los grupos ambientalistas, pero no solo ellos pues sabemos que junto a ellos se adhieren una variedad de sectores de ciudadanos que movidos por otras demandas convergen en las protestas tras aquellos, y que se han vuelto una constante cada vez que se realizan eventos protagonizados por los líderes de las economías más desarrolladas, como por ejemplo, las reuniones de las Ocho Economías más poderosas del mundo, o las reuniones de la OCDE, o las reuniones de la OMC, etc.

grado en que determina, no solo las ocupaciones, aptitudes y actitudes socialmente necesarias, sino también las necesidades y aspiraciones individuales. La tecnología sirve para instituir formas de control y cohesión social más efectivas y agradables” (Marcuse, 1970: 26).

Así las cosas, la tecnología que puede ser muy beneficiosa, y de hecho lo es (por ejemplo, en el campo médico y de los medicamentos, transporte, comunicaciones, editorial, etc.) también puede ser peligrosa en el sentido de anular las posibilidades de una buena parte de la humanidad, aquella que no se beneficia en la misma medida y que, por el contrario, profundiza la brecha entre los unos y los otros. Sólo que este efecto de la ciencia y la tecnología es más sutil, no se hace evidente en forma inmediata sino en periodos de años, décadas, cuando se evalúan y comparan los indicadores de desarrollo humano, por ejemplo, entre países con distintos grados de acceso a la tecnología, y sus resultados en términos de pobreza, salud, empleo, ingreso, educación, etc. Lo que haga la ciencia, el contenido y propósito de las investigaciones no se da en abstracto ni descontextualizada; esta tiene impactos directos y concretos en toda la humanidad, tanto en los que se benefician como en los que no: “La manera en que una sociedad organiza la vida de sus miembros [la ciencia y la tecnología están incluidas¹⁰] implica una *elección* inicial entre las alternativas históricas que está determinada por el nivel heredado de la cultura material e intelectual. La elección es el resultado del juego de intereses dominantes” (Marcuse, 1970: 26).

A la relación entre la empresa privada y la investigación científica se le debería enfrentar, le debería competir una relación distinta entre aquella y los gobiernos y los Estados; al fin y al cabo estos se deben al interés general, esto es, el beneficio y el bienestar de toda la sociedad, a diferencia de la empresa privada que se debe a los intereses de sus accionistas. Respecto a esto hay que decir que nunca será suficiente los recursos que los gobiernos destinen a la investigación científica, especialmente en países como Colombia. Aunque se ha avanzado en lo normativo¹¹ también es necesario que los centro académicos

¹⁰ Paréntesis del autor de este artículo.

¹¹ La nueva Ley de Ciencia y Tecnología, es un avance respecto a lo anterior, pero sigue siendo, de una parte, insuficiente, y por otra parte, requiere que tenga dolientes, voluntad política y apoyo de parte de todo el espectro político tanto al interior del Gobierno como en el Congreso.

se fortalezcan en todos los campos y temáticas de la investigación, y no sólo en la denominada “investigación dura” pues cuando se trata de interactuar con los gobiernos y el Estado, se requieren argumentos de otra naturaleza distintos a los que arroja un experimento en el laboratorio. Finalmente, se trata de evitar lo señalado por Marcuse (1970: 27): “La razón tecnológica se ha hecho razón política”. Y una de las formas de evitarlo es ampliando el quehacer investigativo, más allá de lo que sería la investigación en ciencia natural o “investigación dura”.

La investigación en y desde el campo filosófico

En la Facultad de Filosofía y Humanidades, como marco axiológico e institucional se asumen los principios del PEUL y el SIUL así como las directrices de la VRIT en su calidad de instancia coordinadora y responsable de la investigación en la universidad. Pero, ¿por qué se hace necesaria la investigación en ciencias humanas y sociales, y, dentro de éstas, la investigación interdisciplinar en la que se inserten aquéllas, y la filosofía entre ellas? La investigación humanística y social contribuye a la formación integral de los estudiantes, pero, y no menos importante, promueve y forma en la discusión en torno precisamente a aquellas temáticas que la investigación científica positivista deja por fuera, ya sea porque no la considera importante o porque considera que no es su campo de trabajo.

En este aspecto nos apoyamos en algunos planteamientos de Max Weber, quien como se sabe, está más inclinado a defender la investigación positivista. Un primer aspecto se refiere al alcance de la investigación filosófica: aborda objetos y temas cuyas reflexiones, análisis, concepciones y tesis tienen una vigencia más amplia que las de la ciencia cuyos resultados suelen quedar sin vigencia en plazos de tiempo relativamente cortos. Para Weber, la razón del trabajo científico es el progreso: “el trabajo científico, en efecto, está inmerso en la corriente del *progreso*” (Weber, 1981: 196). Weber considera que los resultados y productos de la ciencia son relativos y temporales y los investigadores lo deben tener siempre presente, pues es con base en esto que, a manera de acicate, la ciencia avanza:

En la ciencia todos sabemos que lo que hemos producido habrá quedado anticuado dentro de diez años o de veinte o de cincuenta. Ese es el destino y el *sentido*

del trabajo científico, y al que éste está sometido y entregado, a diferencia de todos los demás elementos de la cultura, que están sujetos a la misma ley. Todo “logro” científico implica nuevas “cuestiones” y ha de ser superado y envejecer. Todo el que quiera dedicarse a la ciencia tiene que contar con esto (Weber, 1981: 197).

Un segundo aspecto tiene que ver con la validez de las tesis o respuestas de la investigación filosófica. Aquí las preguntas siempre son las mismas, y lo que varía suelen ser las respuestas, o, más que las respuestas, las realizaciones o expresiones históricas de dichas respuestas, en la medida en que éstas siempre son perfectibles respecto a los conceptos o ideas. Por su parte, la naturaleza de la investigación científica supone un proceso *ad infinitum* que, lógicamente, nos remite a la pregunta por el sentido, pues de lo contrario, sin esta pregunta, un proceso infinito de preguntas y respuestas en torno a problemas no tendría sentido y sería ilógico: “¿Por qué ocuparse de algo que, en realidad, no tiene ni puede tener nunca fin?” (Weber, 1981: 198). Siempre surgen preguntas nuevas que cuestionan o invalidan las respuestas anteriores, y, ese proceso, es infinito, o por lo menos hasta ahora lo ha sido. La investigación científica trabaja con el supuesto sobre cómo la realidad podrá en algún momento ser conocida y descifrada, formalizada en leyes que harán previsible todo fenómeno, queriendo reducir al mínimo la incertidumbre frente a la realidad:

Significa que se sabe o se cree que en cualquier momento en que se *quiera se puede* llegar a saber que, por tanto, no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos e imprevisibles, sino que, por contrario, todo puede ser *dominado mediante el cálculo y la previsión*. Esto quiere decir simplemente que se ha excluido lo mágico del mundo (Weber, 1981: 200).

Mientras a la filosofía la guía un interés a la vez teórico y práctico que nos conduzca a nuestra realización como forma de vida, no es claro si la investigación científica tiene algún sentido más allá del mero interés técnico y práctico de hacer cosas para vivir cada día mejor y más confortables o si se hace ciencia para algo más, y, en caso tal, qué sería.

Las obras artísticas y, en general los productos y resultados humanísticos, a diferencia de los productos científicos, si están logrados con la suficiencia disciplinar

que les es propia, nunca envejecen ni pasan de moda, y, por el contrario, para cada individuo el disfrutarlas (ya sea mediante la lectura —un libro—, el oído —una composición musical o un montaje teatral, y la mirada a una pintura, una escultura o de nuevo un montaje teatral) siempre le dirá algo nuevo, algo distinto; los productos de la filosofía y de lo humanístico son perdurables, y muchos sobreviven a lo largo de los años e incluso de los siglos, en tanto los productos de la ciencia en su mayoría caducan y deben ser reemplazados por nuevos productos y nuevos procedimientos. Al respecto nos dice Weber (1981):

[en el arte] por el contrario no cabe hablar de progreso en este sentido [...] Una obra que sea realmente “acabada” no será nunca superada ni envejecerá jamás. El individuo podrá apreciar de manera distinta la importancia que para él, personalmente, tiene esa obra, pero nadie podrá decir nunca que esté realmente “lograda” en sentido artístico, que ha sido superada por otra que también lo esté.

Gracias al desarrollo científico la vida se ha intelectualizado, y mediante la razón el hombre considera que no hay misterios ni realidades ocultas, ni explicaciones inaccesibles o imposibles de alcanzar. La humanidad ha venido articulando y organizándose como forma de vida inserta y correlacionada con aquél. La civilización occidental ya no se entiende a sí misma ni la vida misma, sin la ciencia y su avance, concibiéndola siempre en progreso continuo, haciendo de ella un proceso inacabable de obtención de resultados, productos y placeres.

Un hombre civilizado, inmerso en un mundo que constantemente se enriquece con nuevos saberes, ideas y problemas, puede sentirse ‘cansado de vivir’ mas nunca ‘satisfecho’. Nunca habrá podido captar más que una porción mínima de lo que la vida del espíritu continuamente alumbraba, que será, además, algo provisional, jamás definitivo. La muerte resulta así para él un hecho sin sentido (Weber, 1981: 201).

La investigación filosófica y humanística señala los excesos y abusos de la ciencia al hacer ésta a los ciudadanos unos seres cada vez más dependientes y adheridos a tecnologías que tras el velo de confort, la comodidad y el bienestar material, van reduciendo progresivamente su capacidad, ya no de crítica, sino incluso de reflexión básica sobre los temas fundamentales de los seres humanos. La dependencia de las pantallas, de los celulares y demás, en general de

las tecnologías virtuales, hace prever un futuro incierto para las nuevas generaciones y por lo tanto, para la humanidad si no se fortalecen las reflexiones tradicionalmente catalogadas como filosóficas y humanísticas. Estas inquietudes no son sólo propias de la filosofía, sino de la misma ciencia que ve cómo sus avances y productos en el campo tecnológico no se traducen en sociedades más justas, igualitarias, respetuosas del planeta, sino todo lo contrario.

Weber se pregunta si tiene alguna validez y justificación preguntarse por el sentido del avance científico, más allá de su aporte práctico y sus logros técnicos: “El problema ya no es así solo la vocación *del* científico, el del significado que la ciencia tiene para quien a ella se entrega. Se trata ya de otra cosa, de determinar qué es la *vocación científica* dentro de la vida toda de la humanidad y cuál es su valor” (Weber, 1981: 201).

Considera Weber que la primacía del intelectualismo científico también ha generado reacciones en su contra; algunas de ellas se orientan, equivocadamente para algunos, hacia la reivindicación de lo irracional, de lo extrasensorial y lo a-racional llevando a muchas personas a creer en cosas y realidades que por exóticas y extrañas que parezcan, no son más que la sed y búsqueda de explicaciones al sentido de la vida, diferentes a lo ofrecido por la ciencia y las distintas religiones. Aquí habría que preguntarse si en el fondo lo que hay es el hecho de que la ciencia ha ido generando una nueva caverna que, al igual que la descrita por Platón, hace que las personas se relacionen con sombras y apariencias, que vivan e interactúen con éstas, convencidas de que lo hacen con la realidad.

Ya Hegel, más de ciento cincuenta años antes, había señalado cómo frente al discurso filosófico y al discurso de la ciencia positivista siempre había existido una vía para el individuo común y corriente para quien las vías intelectualista y científica no son de fiar o son inalcanzables: el intuicionismo, entendido como aquella actitud u opción que parte del supuesto de que la mente humana es capaz de acceder al mundo de lo espiritual al margen de la razón, sin pasar y sin necesitar de la razón; es la fe ciega en la capacidad de la sola voluntad la cual con solo decidirse logra acceder a Dios, sin ningún esfuerzo racional o conceptual sino confiado plenamente en el sentimiento y la sensibilidad; por

ello para esta vía es tan imprescindible el recurso a la imagen y al objeto físico (imágenes que representan a Dios, Jesús, la Virgen María, los Santos, la cruz, etc.); dice Hegel (1973: 10):

En efecto, si lo verdadero sólo existe en aquello o, mejor dicho, como aquello que se llama unas veces intuición y otras veces saber inmediato de lo absoluto, religión, el ser –no en el centro del amor divino, sino el ser mismo de él–, ello equivale a exigir para la exposición de la filosofía más bien lo contrario a la forma del concepto. Se pretende que lo absoluto sea, no concebido, sino sentido e intuido, que lleven la voz cantante y sean expresados, no su concepto, sino su sentimiento y su intuición (Hegel, 1973: 10).

Para el mismo Weber, ícono de la investigación positiva, la investigación científica positiva, la tecnología y sus variados productos, son responsables ellos mismos de la huida del ciudadano de la masa hacia respuestas irracionales, animistas y sentimentales al no ser capaz aquélla de cumplir con las promesas con las que nació, esto es felicidad, realización y sentido para la humanidad:

Dados estos supuestos y teniendo en cuenta que, como acabamos de decir, han naufragado ya todas esas ilusiones que veían en la ciencia el camino ‘hacia el verdadero ser’, ‘hacia el arte verdadero’, ‘hacia la verdadera naturaleza’, ‘hacia el verdadero Dios’, ‘hacia la verdadera felicidad’, ¿cuál es el sentido que hoy tiene la ciencia como vocación? La respuesta más simple es la que Tolstoi ha dado con las siguientes palabras: “La ciencia carece de sentido puesto que no tiene respuestas para las únicas cuestiones que nos importan, las de qué debemos hacer y cómo debemos vivir” (Weber, 1981: 207).

De ahí la importancia por la pertinencia y la legitimidad de la investigación científica; hasta ahora, aquélla se había legitimado con base en sus productos y en su impacto, a la validez lógica y metodológica (a priori) se agregó la validez de sus productos (a posteriori). Pero estos últimos han comenzado a mostrar fisuras que ponen en cuestión la investigación científica como un todo. No basta que los resultados sean avalados por la comunidad científica de pares, pero tampoco es suficiente con la aprobación por parte de la empresa privada contratante de las investigaciones, para determinar su validez y pertinencia:

Todo trabajo científico tiene siempre como presupuesto la validez de la Lógica y de la Metodología, que son los fundamentos generales de nuestra orientación en el mundo. Estos supuestos no suscitan grandes problemas, al menos en lo que toca a las cuestiones que ahora nos ocupan. Sin embargo, todo trabajo científico tiene aún otro supuesto necesario, el de que el resultado que con él se intenta obtener es "importante", en el sentido de que es "digno de ser sabido". Con este supuesto vuelven evidentemente a planteársenos todos nuestros problemas, pues él no es a su vez científicamente demostrable. Solo cabe *interpretarlo* de acuerdo con su sentido último y aceptarlo o rechazarlo, según cuál sea la actitud de cada uno frente a la vida (Weber, 1981: 208).

La forma como las distintas disciplinas abordan estos supuestos varía de unas a otras; para las ciencias naturales básicas (química, física, biología) dan por sentado que sus resultados y productos son válidos en sí y útiles, pues con base en ellos se elaboran y diseñan nuevos y prácticos conocimientos, teorías y axiomas, que se autolegitiman. Pero más allá de esto, por ejemplo, la pregunta por el sentido y el contenido del bienestar que de ellos se desprenda, dichas ciencias no se lo plantean. Esta situación tiene implicaciones de todo tipo. Piénsese por ejemplo, como lo hace Weber, en el tema de la medicina, disciplina que tiene como objeto la conservación de la vida, su protección, la erradicación de las enfermedades y del dolor (Weber, 1981: 211). Hoy en día la investigación médica si bien da muy positivos resultados (que tiene como efecto inmediato la elevación de la expectativa de vida en las distintas sociedades), de una parte beneficia sólo a quienes puedan pagarlo, dado que aquella es costosa, con lo cual sólo unos pocos lo pueden disfrutar, mas no la mayoría de la población, situación que es más crítica en países como el nuestro.

Pero lo que deseo señalar es el hecho de que para la medicina es muy importante, acorde con su razón de ser como disciplina, evitar hasta donde sea posible la muerte del paciente, lo cual hace que muchas veces se mantenga viva la persona artificialmente; esto casi siempre implica unos costos muy altos, que alguien los debe sufragar, normalmente la familia, ya sea directamente o mediante algún seguro. Para alguna de las partes, puede ser la familia o la compañía de seguros o ambos, es preferible desconectar a la persona, cesar su sufrimiento y a la vez, detener el flujo de costos que mantenerla viva implica.

La decisión de hacerlo o no es una decisión que se sale de la órbita disciplinar, tanto para el médico como para la compañía de seguros. Porque esa es una decisión moral, que cae en el campo de la religión o de la filosofía.¹² Y frente a este tipo de dilemas, la ciencia positivista y pragmatista, ¿se hace estas preguntas?, o ¿se limita a adelantar investigaciones de punta que se traducen en el diseño y producción de equipos, procesos, medicamentos cada vez más eficaces (y también más costosos) y tener quien se los compre, ya sea el sector hospitalario público o privado, y así obtener los beneficios de sus inversiones en investigación? Investigación científica sí, y entre más avanzada mejor, pero acompañada de otras reflexiones que la lleven a hacerse otras preguntas, las preguntas que, en última instancia, le pueden dar sentido.

Conclusiones

Hemos querido plantear algunos temas y algunas reflexiones, desde la filosofía, para la investigación científica pero también para la filosofía misma. ¿Son estos conceptos y concepciones obsoletos o han perdido vigencia?, ¿ha logrado la ciencia y la técnica agotar su contenido?, ¿qué tesis científica, experimento o diseño de investigación abordó y resolvió alguno de estos temas?, ¿dónde están las respuestas científicas finales y definitivas a estos temas? Ciertamente las ha habido y las seguirá habiendo pero, son respuestas o soluciones transitorias, unas más que otras, y no exentas de secuelas y problemas expresados en términos casi siempre contrarios de lo que pretendían resolver. Cada vez que la ciencia ha pretendido resolver alguno de estos temas ha generado nuevas incertidumbres e interrogantes. Me dirán que lo mismo le pasa a la filosofía: plantea interrogantes sin ofrecer respuesta alguna. Es probable que ello sea así. Podríamos decir que han existido dos tipos de quehacer filosófico: aquel que se orientó más por la reflexión teórica pura, lo cual no significa que haya estado desconectado de la dinámica social y política del momento, al menos en los comienzos; y aquel que orientó su quehacer a partir de las condiciones históricas y materiales de su momento histórico. Ambas posturas han tenido y tienen defensores y detractores, porque ambas han tenido aciertos y desaciertos. Quizá haya que avanzar hacia algún tipo de síntesis entre ambas, pero

¹² Un análisis más actualizado de esta discusión en torno a la investigación científica en el campo de la medicina y sus repercusiones éticas, económicas y religiosas se puede ver Peter Singer (2003). *Un solo mundo: Ética y Globalización* y también en Singer P. (2002). *Una vida ética* (2002), ambas de la editorial Taurus en Madrid.

en lo que debería haber consenso es en la necesidad de pensamiento y la investigación filosófica y humanística en la Universidad. En tal sentido lo señala el Rector de la Universidad de La Salle: "Quizá se podría decir que gran parte de la pertinencia de la universidad es, precisamente, ser impertinente. No de otra manera podría ser parte de la conciencia moral de un país ni podría ser el lugar donde la crítica, la propuesta, el examen de lo comúnmente aceptado, el pensamiento novedoso, la alternativa pueda tener lugar" (Gómez, 2010: 20).

En la universidad deben tener cabida diversidad de discursos, concepciones y tesis, y ninguna debe ser anulada ni invalidada salvo con argumentos y razones que la hagan insostenible e indefendible. Desaparecer y anular el pluralismo y la capacidad de criticar racional y razonadamente es empobrecer la universidad, caeríamos en la unidimensionalidad de la habla Marcuse y a lo cual se refiere también el Rector de la Universidad: "Ciertamente que la universidad es, fundamentalmente, pregunta. [...] La Universidad deberá dar cabida a otras formas de conocimiento y a los retos que la sociedad y la cultura le presente (ULS, 2007: 10) (Gómez, 2010: 25)

La complejidad de los problemas tanto del mundo como de nuestro país, exceden las capacidades y posibilidades de cualquier disciplina consideradas individualmente; es ingenuo y peligroso esperar soluciones mono-disciplinares a problemas estructurales o, todavía más, pretender esperarlos de visiones unilaterales, se requiere el concurso de todos los discursos y todas las disciplinas y que la interdisciplinariedad vaya mostrando las posibilidades y potencialidades de cada quien, en un ambiente de sana emulación, libertad de pensamiento y pertinencia en las propuestas: "La autonomía de la universidad es una necesidad para preservar las libertades, para generar conocimiento que permita transformar las estructuras pero también entenderlas mejor, y ser elemento en la búsqueda de proyectos posibles e incluyentes" (Gómez, 2010: 29).

Con estas ideas como bitácora la Facultad de Filosofía y Humanidades quiere seguir comprometida con las directrices señaladas por la Universidad haciendo cada día los esfuerzos y aportes que se esperan en aras de hacer realidad las metas y propósitos del Proyecto Educativo Universitario Lasallista.

Bibliografía

- Adorno, T. W. *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Barcelona-México: Grijalbo, 1973.
- Anderson, P. *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI, 1978.
- Dahrendorf, R. "Anotaciones a la discusión de las ponencias de Karl R. Popper y Theodor W. Adorno". En Adorno, T. *La Disputa del Positivismo en el la sociología alemana*. Barcelona: Grijalbo, 1973.
- Gómez, C. "La responsabilidad social de la universidad lasallista: elementos para una reflexión y el debate". *Revista de la Universidad de La Salle* 51. (2010): 15-53.
- Habermas, J. *Conocimiento e Interés*. Madrid: Taurus, 1982.
- Hegel, G. F. *Fenomenología del Espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Hegel, G. F. *La Fenomenología del Espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Hegel, G. F. *Lógica*. Madrid: Ricardo Aguilera, 1973.
- Hobbes, T. *Leviathan, o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Horkheimer, M. *Teoría Crítica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1974.
- Hume, D. *Tratado sobre la Naturaleza Humana*. México: Porrúa, 1977.
- Locke, J. *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*. Madrid: Alianza, 2000.
- Marcuse, H. *El hombre unidimensional*. Barcelona: Seix Barral, 1970.
- Piaget, J. *Sabiduría e ilusiones de la filosofía*. Barcelona: Península, 1970.
- Popper, K. "La lógica de las ciencias sociales". En Adorno, T. *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. México: Grijalbo, 1973.
- Singer, P. *Un solo mundo: la ética de la globalización*. Barcelona: Paidós, 2003.
- Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Barcelona: Juventud, 1975.
- Weber, M. *El científico y el político*. Madrid: Alianza Editorial, 1981.